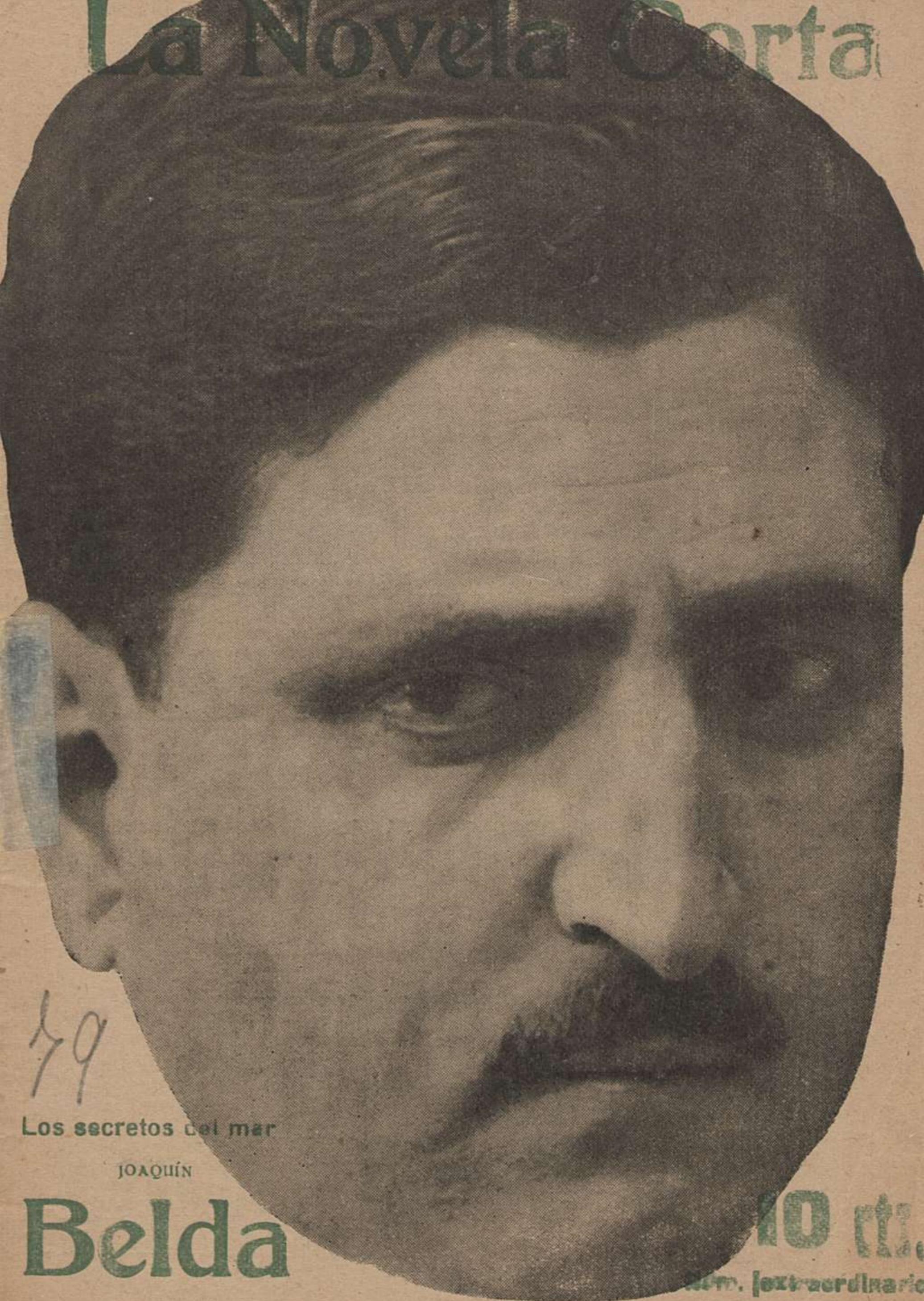


La Novela Corta



49

Los secretos del mar

JOAQUÍN

Belda

10 ct.

num. extraordinario



2432706

La Novela Corta

Fundador / Director: José de Urquía

Números publicados por LA NOVELA CORTA en el presente año.

- 53.—SANTIAGO RUSIÑOL.—El pueblo gris. (Número extraordinario.)
 54.—IGLESIAS HERMIDA.—De caballista a matador de toros.
 55.—JOSÉ FRANCÉS.—La piedra en el lago.
 56.—JOAQUÍN BELDA.—Un Van-Dick auténtico.
 57.—AZORÍN.—Los pueblos (Número extraordinario.)
 58.—VARGAS VILA.—El maestro.
 59.—COLOMBINE.—El perseguidor.
 60.—MANUEL BUENO.—Jaime el conquistador.
 61.—JOAQUÍN DICENTA.—¡Quién fuera tú! (Número extraordinario.)
 62.—AMADO NERVO.—El diamante de la inquietud.
 63.—FRANCISCO VILLAESPESA.—Amigas Viejas.
 64.—DIEGO SAN JOSÉ.—Murió como un hidalgo.
 65.—EUGENIO NOEL.—Amapola entre espigas.

- 66.—EDUARDO ZAMACOIS.—Europa se va (Número extraordinario.)
 67.—CONCHA ESPINA.—El jayón.
 68.—EMILIO CARRÉRE.—El divino amor humano.
 69.—GARCÍA SANCHIZ.—Escenas pintorescas. (Diario de un bohemio mundano.)
 70.—PERÉZ ZÚÑIGA.—Seis días fuera del mundo. (Número extraordinario.)
 71.—GÓMEZ CARRILLO.—El Japón heroico y glan e.
 72.—POMPEYO GENER.—Un pontífice del ocultismo.
 73.—VALLE INCLAN.—Eulalia.
 74.—PEDRO MATA.—La excesiva bondad.
 75.—LINDA RIVAS.—De mujer a mujer. (Cartas de mujeres.) (Número extraordinario.)
 76.—PEDRO DE REPIDE.—La boda de Guadalupe.
 77.—RAFAEL LOPEZ DE HARO.—El triunfo de la sangre.
 78.—CRISTÓBAL DE CASTRO.—Las insaciables.

NO SE ADMITEN SUSCRIPCIONES

Administración: Calvo Asenio, 3—Apartado, 438—Teléfono, 5.224

En breve: ~~UNA NOVELA~~, de

Marquina

ROSA DE LIMA, de

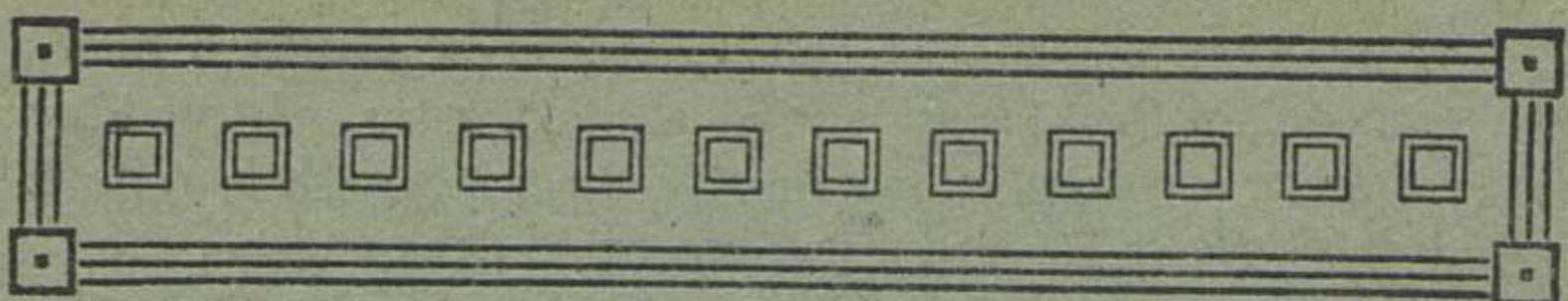
Guimerá

CLAVILEÑO, de la Condesa de

Pardo Bazán

DNU
16924

tit. 70373



Los secretos del mar

NOVELA INÉDITA

POR

Joaquín Belda

—¿A qué hora es la corrida?

—A las tres y media.

El Marquesito sacó el reloj del bolsillo de la derecha del chaleco, lo miró, y se lo volvió a guardar en uno de los bolsillos de la izquierda.

—Entonces tenemos una hora; vámonos a la playa.

Podía decirse que vivía en ella: salvo las horas de comer y de dormir, el primogénito de los marqueses de Aquaviva se pasaba el tiempo a orillas del mar. Esta tarde, para ir a los toros, tendría que hacer un sacrificio, pues lo era, y grande para él, pasarse un par de horas metido dentro del pueblo sin recibir directamente en el rostro el abanicazo de yodó que era toda su vida.

Tres días antes de la fiesta empezaron a pasar por delante del hotel en que el Marquesito se hospedaba unas comitivas extrañas: todos los chiquillos del pueblo, dando gritos de júbilo, tiraban de unos carritos no muy grandes, en los que iban seis o siete tablones. En toda la tarde hacían sus treinta o cuarenta viajes, y los dos mocetones que dirigían la faena, sonreían encantados ante aquella espontánea colaboración infantil; como

que a no ser por los chicos, serían ellos dos los que tendrían que trasladar, desde el almacén al centro del pueblo, todo el maderamen necesario para la construcción del circo taurino.

La plaza principal del pueblo era, como todas las de los lugares vascongados, un ancho espacio en que la Casa-Ayuntamiento ocupaba el sitio de honor, descansando su enorme mole sobre la gracia de unos soportales, indispensables en un país donde el día que no llueve es porque diluvia. Un estanco, una panadería, un cafetín, dos o tres tabernas y algún establecimiento similar, completaban la fisonomía de la plaza, ombligo y cerebro del pueblo. Al fondo de ella, y mirando a través de una callejuela, brillaba de noche una lucecita agónica: la encendía la piedad delante de la cabeza de un Cristo de tamaño natural, refugiado en una capilla no mayor que un baúl. Como la puerta era una verja, podía adorársele desde la calle: el Redentor del mundo esperaba allí con los brazos muy abiertos a que la Humanidad se cansase de hacer tonterías y viniese a echarse a sus pies.

Pero ahora ya, ni soportales, ni estanco, ni comercios, ni lucecita triste brillando en lo negro de la noche. Todo ello había desaparecido bajo una montaña de tablones que, sabiamente escalonados como los tendidos de las plazas de toros *de verdad*, llegaban a la altura de los primeros pisos. Eugenio Noel hubiera muerto de hidrofobia al ver aquéllo: era la fiesta de la raza invadiendo y sepultando lo más característico de un país y de una región.

Cuando estuvo terminada, no diremos que la plaza de toros de aquel rincón de la costa cantábrica fuese precisamente un circo romano, pero se la podía mirar, y sobre todo, si se llenaba, el empresario podría poner una bonita contera al negocio del veraneo.

Tenía siete filas de tendidos, y de palcos hacían los balcones de las casas, sirviendo el principal del Ayuntamiento, de palco presidencial de donde emanaría la alta dirección de la corrida. El coliseo tenía una nota original y personalísima: carecía en absoluto de barreras. El público estaba separado del ruedo por una especie de muralla china formada por tres listones convenientemente distanciados; como su altura era de más de dos metros, el lidiador que hubiera querido librarse de la fu-

ria del toro saltando por ella, habría tenido que pedir que le echasen una cuerda.

No se crea por ello que el suicidio iba a ser una de las suertes incluidas en el programa de la fiesta; la plaza era cuadrada y no redonda—otra nota personal—y en cada uno de sus ángulos habían instalado un burladero; podía asegurarse que alrededor de estos simpáticos artefactos se desarrollarían los lances principales de la lidia; ellos sabrían atraer a su órbita a los nietos de Cúchares, como atrae el imán al acero.

Pero el clou de la instalación, lo que congregaba junto a sí a toda la chiquillería del pueblo y a una parte de la forastera, la maravilla de la plaza, era el chiquero, la misteriosa habitación de donde, en la tarde memorable, saldrían las fieras con la muerte en la punta de los cuernos y los cuartos traseros pavimentados de estiércol.

El chiquero, por fuera, parecía la cabina de un cine: tenía una puerta al redondel y otra a la calle, rozando casi con el muro de la casa que caía por aquel lado; entre ésta y la puerta citada, quedaba apenas el espacio suficiente para que los astados brutos pudiesen pasar a su encierro al venir de las praderas navarras; y menos mal que el ganado no sería de muchas libras, pues de serlo, para pasar por aquel embudo habría tenido que someterse a un régimen para adelgazar.

Era allí, en aquella especie de callejón, donde todo el batallón infantil del lugar y de la colonia veraniega, se agolpaba, entre empellones y codazos: la cuestión era llegar a la puerta, empinarse un poco, y mirar por el orificio del tamaño de una nuez que había en la cerradura.

Cuando uno de los mirones se dormía en la suerte, la cola entera se encargaba de despabilarlo:

—¡Vamos, tú, no seas pelmazo!

—¡Que llevamos aquí media hora esperando!

Esto chillaban los hijos de las familias madrileñas. Los del país eran más enérgicos:

—¡Anabitarte eskarrikasko, urriurrea!

—¡Polita aita melantucheski, bay, bay!

Y el caso era que tenían razón. A través de aquel orificio no se veía nada: era como asomarse de noche a una carbonería con gafas ahumadas; pero, en cambio, se percibía un tufillo

muy agradable a banca recién abonado, olor característico del que, sin duda, habían quedado impregnadas las tablas desde el año anterior, porque en el confortable local no entraban los toros hasta la mañana misma del día de la corrida.

La superstición del local obraba, sin embargo, en todos; desde que quedaba instalado, la gente creía ver en su interior un extraño laboratorio de la muerte. Hasta Rufa, la gentil y hermosa tabernera que vivía en la casa a cuyo pie se alzaba el misterioso mechinal, creía oír por las noches unos mugidos que turbaban la tranquilidad casta de su alcoba, situada a tres metros del toril.

Y ella no sabía si los mugidos los daban los toros o su propio marido que en el mismo lecho que ella, dormía. Sí, porque Ramón *el de Motrico*, era uno de esos individuos a los que, cuando van a la barbería a cortarse el pelo, hay que cortárselo con una cuchilla de podar.



Margaritina dió suavemente un puntapié al Marquesito que estaba tendido en la arena cuan largo era.

—Bueno, ¿vienes o no? Son las tres y veinte y la corrida empieza a la media.

—Sí, vamos, vamos...

Se levantó perezosamente y echó una última mirada al mar como a una querida a la que no se piensa volver a ver.

Aquel chico debía haber sido marisco en una encarnación anterior; sólo así se explicaba aquella pasión por el mar que tocaba ya las lindes de la locura. Tonín Gorduela, el hermano de Margaritina, se lo decía ahora, un poco cabra porque veía que no iban a llegar a la salida de las cuadrillas:

—Chico, ¿sabes lo que te digo? Que tú, en vez de ingeniero de caminos, debiste abrazar otra profesión liberal; la de buzo.

Y Margaritina, que en lo de hacer chistes era una especie de Cecilia Aznar, no quiso perder la ocasión:

—¡La de buzo! ¿Y por qué no la de buzón, que es mucho más?

No rióse nadie, pero tampoco se oyeron los ladridos con que el corro acogía la mayor parte de los frutos del ingenio de la machacha.

La preocupación era llegar cuanto antes. Desde debajo del puente de la vía férrea, les llamaban a voces las dos chicas de Gorbeuchez:

—¡Vamos, ricos! ¡Que ya va la música por el hotel Monreal!

Las muchachas se habían creído en el caso de ponerse goyescas y habían pedido aquella mañana a toda prisa a San Sebastián a sus primas, un par de mantillas; las primitas, sin duda con las prisas, habían equivocado el pedido, y les habían mandado el mosquitero de la cuna del hermanito menor y un cubrefrutas color sopa en vino.

Cuando el grupo de Margaritina, Tonín y el Marquésito, muy cogidos del brazo, llegó junto a ellas, el segundo no pudo reprimir un grito de hosanna:

—¡Chicas, váis que desnútris! Si se fija un toro en vosotras salta al tendido.

Y Fide Gorbeuchez, que era la que había cargado con el cubrefrutas, devolvió la ironía en tono agresivo.

—¡Calla ganso! Más valiera que hubieras acompañado a tu madre, que ha tenido que irse la pobre sola con Sofía.

—Si lo sé mando una pareja de miqueletes.

Al llegar a la alameda respiraron todos; se oían aún como muy próximos los sonos de la banda, que aún no debía haber entrado en el pueblo. Como antes de meterse en la plaza daba una vuelta por éste, si Tonín y los suyos apretaban un poco, llegarían a su localidad con tiempo sobrado.

La calle de Alcalá, en Madrid, tiene mucho que ver un día de toros, si hay sol, y a las mujeres les ha dado por salir guapas ese día; a nosotros las comparaciones siempre nos han resultado odiosas, pero las calles del poético lugar cantábrico en que esta verídica historia se desenvuelve, también tenían que ver, y no poco, en esta tarde memorable.

Toda la alameda era un río de gente, en el que los del país ponían esa nota grave y seria que pone el vasco aún en las cosas más frívolas, y los forasteros ponían la nota bullanguera que es la que distingue a los entierros de los cortejos de toros. Las demás notas las ponía la banda de música, desgranando un pasodoble taurino, *muy muerte del Espartero*, en el que se contenía toda la solera de la raza: sangre, sol, guitarra y navaja.

Los músicos, con su uniforme azul y su boina de un rojo encendido, se balanceaban a compás de la música por entre la multitud; en ésta predominaban las boinas, y las cabezas descubiertas, propiedad estas últimas de los pollos de la colonia veraniega que este año habían implantado la moda de ir siempre descubiertos, a la romana.

El grupo del Marquesito, al pasar por los hoteles de las orillas del pueblo recogió todavía a cinco o seis de sus componentes habituales: Falito, el antipaticote y estirado de Orosio Salomones, que presumía más que un poste del telégrafo porque tenía un tío que era bedel del Senado, las tres chicas de Garci-Lapa, y la monísima tobillera Cleofé Ramales, que en atención a la solemnidad de la fiesta se había creído en el caso de vestirse aún más de corto: la falda le llegaba por las ingles y la blusa le bajaba hasta los aledaños del ombligo.

—Hay sorpresa—, se acercó diciendo la diabólica chicuela, y se colgó al brazo que le quedaba libre al Marquesito, como quien se cuelga a un tranvía.

—¿Sorpresa?—preguntaron todos alarmados.

—Sí; mirad allá, al pie de aquél automóvil.

A la puerta de uno de los hoteles, y ocupando casi todo el paseo, había hasta seis automóviles. Gente de buen humor sus propietarios, venían de San Sebastián ¡como a las corridas de Bilbao! decididos a echar la tarde a perros.

Siguiendo la indicación de Cleofé, todos miraron a un coche grande color ceniza.

El primer grito que se oyó fué el de Tonín:

—¡Cielos! ¡¡Las Estereras!!

—¡Nos han partido por la bisectriz!

—¿Qué dices?

—¡Maldito sea su padre!

Esta última rabotada la había soltado Tolita Gorbeuchez. Margaritina prefirió echarlo a broma:

—¡Las Estereras aquí, y con el calor que hace!

La cosa en realidad era trágica. Las recién llegadas, cuatro hermanas madrileñas conocidas de todos, eran, por lo pegajosas y antipáticas, el disolvente de toda reunión por compacta que fuese. Las plagas de Egipto a su lado resultaban regalos de una tómbola, y cuando las cuatro hijas de don Ramón Man-

galriño se dejaban caer en una casa o en el Skating del Pofa-tilo, era como si hubiese estallado una epidemia tífica.

El apodo les venía no se sabía de dónde; como siempre en estos casos, corrían varias versiones: unos decían que el señor Mangairiño había reunido los no escasos cuartejos de que ahora disfrutaba, dirigiendo un almacén de esteras en la calle de las Huertas, allá por los años de la Regencia, y, en cambio, otros más benévolos, afirmaban que ello provenía de tener las tales pelmas, una tía casada con un oficial de alabarderos a la que siempre traían en la boca, y como la tal dama se llamaba Esther, pues... el vulgo se comió la h y dejó las esteras. Acaso esta versión la hubiese inventado Margaritina en uno de sus accesos de ingenio.

Lo cierto era que esta tarde no se libraba de ellas; Pepe Palomares las había traído en su automóvil desde San Sebastián, y, habiendo descendido ya del vehículo, venían hacia el grupo con gran algazara.

Hubo los gritos de siempre, las alegrías fingidas, los besu-queos, las frases de cajón de sastre:

—¡Caramba! ¿Vosotras aquí?...

—¡Y vosotras!

—¿Cómo os va por allá?

—¿Desde cuándo estáis aquí?

—¿Cuándo habéis venido?

El Marquesito preguntó a su vez:

—¿Cuándo os vais?

Todos callaron un poco emocionados. ¡Qué frescura! ¡Pobres muchachas! Acababan de llegar, y ya...

—Cuando acabe la corrida.

Hubo un respiro en la reunión. Tonín hizo con Falito un aparte para decirle:

—Te advierto que nos han fastidiado seriamente.

—¿Por qué?

—Porque creo que está toda la plaza vendida y vamos a tener que cederlas nuestros asientos.

—¡Resifón!

Como no podía perderse el tiempo, entraban ya todos por la calle del pueblo que, casi en línea recta, conducía a la plaza; estaba atestada, y había que andar a paso de procesión. A

mitad de ella, un espectáculo glorioso cautivó la atención de todos.

Pasando los meses de verano había en la playa unos diez o doce alemanes; eran en su mayoría marinos mercantes de los barcos refugiados en los puertos de Bilbao y Santander desde el comienzo de la guerra. Gente simpática, guapos mozos algunos de ellos, convivían con los del pueblo y la colonia, en una jovial camaradería; hoy iban a los toros como quien cumple un deber de cortesía, y, sin duda para dar a ese cumplimiento más amplios postulados de imperativo categórico social, se habían cubierto la cabeza con unos sombreros cordobeses, modelo *Joselito*, que un criado del garage del pueblo les había traído de Bilbao.

Los sombreros no estaban hechos a la medida; esto no necesitaban jurarlo los teutones, y, además, no parecía sino que para repartírseles entre todos habían apelado al sorteo—acaso en combinación con el de la Lotería Nacional—en vez de estudiar, como hubiera sido lo lógico, la especial conformación del cráneo en relación con el calibre de cada prenda. Así, había uno que lo llevaba calado hasta los hombros, como si un gigantesco puñetazo se lo hubiese hundido para siempre, mientras otro, alto y corpulento, apenas atinaba a cubrir con él el vértice de la coronilla, cual tapón de una gigantesca botella de Champagne; el cordobés, a cada paso de su dueño, oscilaba violentamente para un lado y otro, no viniendo a tierra porque, sin duda, debía estar sujeto a la bóveda craneana con una tachuela.

Pero el verdaderamente complicado era el de un bávaro jacarandoso que, dando pruebas de una gran originalidad de espíritu, se lo había puesto ¡¡al revés!! Esto de al revés merece una explicación: no es que se hubiera puesto la copa hacia abajo y el forro hacia el firmamento, ni tampoco que la frente parase en el occipucio y viceversa—esto lo habían hecho casi todos—, sino que, creyendo sin duda que así le daba un aire más *toreador*, se había colocado la parte ancha de la prenda, o sea la que va de delante atrás, de oreja a oreja. ¡Estaba como para embalsamarlo!

Juntos ellos y el grupo de nuestros amigos, llegaron a la plaza. Por el trayecto había habido su mijita de guasa sin llegar

al torpedeo; sólo Margaritina, por no perder la costumbre, dijo una vez, dirigiéndose al del cordobés de perfil:

—Así tiene mi mamá a mi papá: atravesao.



Era acaso lo más sabroso del espectáculo; ya hemos dicho que los fendidos de la plaza eran unos tablones de madera clavados sobre otros que iban de la pared al suelo; como nadie se había preocupado de llenar los huecos que quedaban entre asiento y asiento—¡la madera con esto de la guerra andaba tan escasa!—, colocándose debajo de ellos y mirando hacia arriba se descubrían, una vez que el público llenaba la plaza, panoramas inesperados.

Si eran hombres los que ocupaban la localidad, el espectáculo no tenía nada de cuento oriental; unos pantalones más o menos flamantes y de color menos o más agresivo, y pare usted de contar; pero si era una hija de Eva la que había caído encima del observador, ¡todos los jardines de Damasco nos parecen pocos para establecer la comparación con lo que allí se veía!

El público masculino, y aun parte del femenino, iba a la plaza con bastante anticipación, y así como aquí en Madrid los aficionados castizos no ocupamos nunca nuestros asientos sin darnos una vuelta por el patio de caballos, no se sabe para qué, así los castizos del lugar no escalaban sus localidades sin dar una vuelta a todo el perímetro de la plaza por la parte de abajo.

En el día de hoy, por culpa primero del Marquesito, y, después, del encuentro con *las Estereras*, nuestros amigos se habían quedado sin tan sabrosa contemplación; nos referimos a ellos, naturalmente; ellas eran unas chicas honestas que si alguna vez elevaban la vista en alto era para enderezar al cielo una plegaria o para averiguar las probabilidades de lluvia.

Pero desde la puerta de entrada, que caía debajo del palco presidencial, hasta la diminuta que daba acceso a sus asientos, situados encima del estanco, hubo tiempo de echar una rápida ojeada a lo que tenían sobre las cabezas. Falito fué el primero que dió la voz de alarma; no habrían andado cuatro pasos cuando les hizo a todos pararse en seco:

—¡Mirad qué cosa más brutal!

La cabeza de todos ocupó instantáneamente la postura del que está haciendo unas gárgaras. Allá en lo alto, en la penúltima fila, entre unos pantalones blancos de franela—propiedad de algún pollo de la colonia—y otros vulgares de pana gris, se veían unas medias de seda blanca, sirviendo de funda a unas piernas del calibre 305.

Torneadas, espléndidas, la diabólica Cleofé las conoció en seguida:

—¡Ay! Esa es Teresita Salvadores.

Era otra de las diversiones: averiguar por la vista de los bajos a quién pertenecía el principal y el resto del edificio. Se hacían apuestas, y alguna vez, para salir de dudas, se pinchaba con la contera de un bastón en las carnes en litigio, y por el chillido de la agredida se resolvía la duda.

Las Estereras creyeron oportuno ruborizarse y protestar:

—¡Qué chica ésta! Debiera darte vergüenza...—dijo la mayor de ellas, que cualquiera sabía quién era.

Pero la tobillera había tenido un éxito. Animada por él y en complicidad con Tonín, se preparó otro nuevo. Con gran misterio dijo a todos:

—¡Atención! Aquí, en el ángulo, deben estar las de Centurión, pues me han dicho que tienen los mismos asientos del año pasado.

¡Las de Centurión! ¡Una memez! Las chicas más guapas de toda la colonia, con unos cuerpos que parecían hechos en molde y que, al exhibirlos en la playa a la hora del baño, daban lugar a que se hubiese establecido la reventa de los primeros puestos de la orilla con una prima del veinte por ciento.

Todos abrieron más los ojos, apretaron las bocas y se dispusieron a gozar del macanudo espectáculo.

Llegaron al lugar de las vistas y, ¡oh crueldad de los hados!, en vez de miembros hechos a torno, en lugar de sedas y encajes aperitivos, vieron sólo una soberbia manta de Palencia, extendida como un tapiz protector bajo el sitio que debieran ocupar las redondeces ocultas.

Era una martingala que habían inventado las más púdicas.

Con aquello se terminaban las vistas aunque el Arte y la Estética padeciesen.

Tonín resumió el pensamiento de todos:

—Debieran prohibir entrar en la plaza mantas y otros artículos de guardarropa.

Ocuparon sus asientos mientras *las Estereras* entraban en el estanco con gran júbilo de todos:

—Nos ha invitado a su balcón Paula Cebreros; es aquí, en la casa del estanco.

Margaritina no quiso desperdiciar la ocasión, y, volviéndose a sus amigos cuando ya las pelmas habían desaparecido dentro de la casa, les dijo:

—Van a poner las esteras en el balcón. ¿No les echarán una multa por hacerlo a estas horas?

Como de costumbre no se rieron ni por galantería.

¿Quién ha dicho que los toros no son la fiesta del color y de la luz? Se habla de incultura, de brutalidad... ¡Bah! Pretextos para no sacar el abono ahora que el dinero anda escaso. Asómate conmigo, lector, a esta segunda fila de tendido de la plaza del lugar en que estamos pasando el verano, y si no se te encandilan los ojos, es porque llevarás lentes ahumados.

En el circo está todo el pueblo y toda la colonia forastera; ha venido gente de la que veranea en puntos cercanos, y no lo decimos únicamente por *las Estereras*. En este balcón corrido que hay a nuestra derecha, al lado de la calleja que conduce al Cristo, está la familia íntegra del senador García Padilla, uno de nuestros primeros figurones, sujeto al que en Madrid se le encuentra en todas partes menos en su casa cuando se le va a cobrar una cuenta.

De Cestona está la familia del ministro Troncoso; de Alzola ha venido Boni Pirueta, el exsubsecretario, con su mujer y la suegra, unas mejicanas que, con sus millones, redimieron a Boni del ridículo que estaba haciendo en la política.

—¡Hombre! Mirad la condesa; se ha puesto la mantilla del revés.

Allí estaba, en uno de los balcones de enfrente, ocupándolo casi ella sola, con toda su hidropesía de dama hinchada. Era, sin disputa, lo más antipático de la colonia; se hospedaba en el hotel Alameda, con sus dos chicos, siempre juntos como dos floreros, y una especie de administrador, secretario y chulo, todo en una pieza, que tenía el cuello lleno de unos costurones sifilíticos.

Por los tendidos estaban repartidos todos los caseros de los montes vecinos, hoy recién afeitados y vestidos con lo mejor, acompañados casi todos por la familia que sólo un par de veces al año bajaba al pueblo. Todos gritaban y alborotaban a pleno pulmón, con ese bullicio algo mareante del vasco, que, de ordinario tan modoso y comedido, no parece sino que guarda todo el año la viveza de la sangre para los días en que repican gordo.

La banda de música había dado un vuelta al redondel al son del más castizo paso doble de su repertorio; un paso doble taurino, siempre que se oye, sea en la plaza de Madrid, sea en la inauguración de una pastelería, tiene el privilegio de estirar nuestros nervios y sugerirnos ideas de majeza. La plaza entera vibraba sobre sus tablones, como el soldado cuando ha olido la pólvora y ansía el comienzo de la batalla.

En medio de una atmósfera tal de bizarría, los dignos miembros de la banda, exhalada ya la última nota, se entregaban a una operación singular; había que ocupar sus puestos sobre los tablones que les habían sido reservados, y como no era cosa de volver a la entrada principal e ir molestando a todo el público hasta llegar a su sitio, adoptaban un procedimiento heroico y apelaban sencillamente al escaló.

Los instrumentos ágiles y alados como el clarinete, la flauta, los hierros... que en su misma ligereza parecen llevar el germen de no se sabe qué celestiales armonías, subían con sus poseedores sin dificultad ninguna los tres maderos que separaban al público del redondel. Era un espectáculo conmovedor ver aquellas boinas rojas trepando a fuerza de arañazos a la trinchera que nadie defendía; no de otro modo—aunque allí sí había defensas—debieron asaltar los cruzados de la causa las cúspides de Somorrostro y Montejurra. Si Cabrera levantase la cabeza y viese a los nietos de sus leones del Maestrazgo tomar a pulso un tendido de sol y sombra, con tamaño ardor bélico, seguramente se vuelve a morir de gusto.

Pero llegaba un momento en que la operación se complicaba: empezaba la subida de la artillería gruesa de la banda, los trombones, las trompas, el serpentón... y esto ya costaba mayores esfuerzos. De intento, dejaban para lo último al bombo, ese Padre Eterno de todas las bandas y orquestas. Seis o sie-

te músicos de los que ya estaban al otro lado de la barricada, acudían solícitos a echar un cable, mientras los cuatro que aún quedaban abajo, alzaban con gran esfuerzo el sonoro instrumento que subía lentamente como un globo lleno de aire. Eran los cañones ganando la trinchera, para, desde allí, seguir disparando contra el enemigo; no de otro modo suben las señoras gruesas a los tranvías, y algunos políticos a los cargos públicos.

Y cuando ya estaba arriba, cuando ni un hombre, ni un arma, había quedado rezagado, el director, hombre simpático y guapote, como el capitán del buque que no abandona éste hasta no ver que todos se han salvado, ganaba también su puesto con la elegancia y la dignidad de una conciencia que ha cumplido con su deber. Y una vez arriba... ¡pantén! ¡fuego! ¡prumrrumpum!, volvía a sonar otro paso doble, y se abría la puerta del fondo; el espectáculo iba a comenzar.

El encargado de pedir la llave, a lomos de una jaca torda y con uniforme de cuadrillero de la Santa Hermandad, un poco arbitrario, era Fermín, el bueno de Fermín, encargado el resto del año de cobrar las cédulas, y otras alcabalas municipales, por lo cual, no era cosa mayor la simpatía de que disfrutaba entre sus compañeros de ciudadanía. Almas perversas—¡que nunca faltan!—se encargaban de aprovechar el momento en que el bueno de Fermín no podía defenderse, para llenarle a mansalva de improperios y frases de doble sentido, tales como follón, malsín, mal nacido y canalla, y agregando otras en vascuence, idioma de los padres de Fermín, sin duda para que éstos entendieran bien las alusiones que se les hacían.

Pero el hombre, haciéndose superior al medio, cumplía su cometido con toda pureza. El desfile de las cuadrillas era algo inefable: los trajes de luces tenían esa pátina inconfundible de los ternos alquilados, como coches de punto que llevasen el alquila en alto; el oro del de los matadores, era un oro anémico, como el de moneda de cinco duros que ha rodado mucho, y la plata de los que lucían los peones, era como la de unos cubiertos de casa pobre, heredados de los abuelos, que han perdido el prestigio en fuerza de fregarlos a diario con limón y arena.

No era la fuerza ni el prejuicio de la imaginación; aquellos hombres tenían cara de hambre, hasta uno de los peones de brega, gordo hasta la hartura, que parecía querer reventar las

sedas del traje con la explosión de sus grasas. ¿Conocéis algo más triste que un hombre gordo con cara de hambre?... Es como un inmenso almacén en el que caben muchas cosas, y por el que se paga un crecido alquiler, y que ahora se nos ofrece completamente vacío y desalquilado.

Cleofé, fijóse al punto en él.

—¡Pobrecito! Dan ganas de darle un ponche.

Pero la multitud se fijaba en el héroe.

Porque había un héroe; aquel espada enflaquecido y con ojos de fiebre, que parecía llevar en sus pupilas esa mirada vaga de los elegidos. Tenía un nombre glorioso: se llamaba *Joselito*... de Baracaldo, y acaso este humilde chavea que ahora peleaba bravamente con el cocido y con los toros sin que su fama pasase más allá de las tierras de la Rioja, fuese con el tiempo de los que cobrasen seis o siete mil pesetas por tarde, sin perjuicio de dar en una sola tantos bajonazos como pesetas se llevan a casa.

Por ahora toreaba un poco en vascuence, como dijo de Lecumberri el genial Unamuno, pero se le veía instinto, y, desde luego, se descubría enseguida como el más enterado de todos sus compañeros.

Entre ellos había uno—algo así como un sobresaliente—que era verdaderamente notable: vestía de azul y oro, como presintiendo lo que le iba a pasar, y los cuatro toros que se lidiaban, como si se hubieran puesto de acuerdo allá en la dehesa, la tomaban con él, desde el momento que salían a la arena, de una manera tenaz y decidida. Su capote, que sólo se arriesgaba en contadísimas ocasiones, parecía tener un imán para las reses, que corrían tras él como corremos todos en el mundo detrás de un ideal.

Había, sin embargo, una diferencia, y era, que el ideal rara vez lo alcanzamos en este bajo suelo, y los calzones de *el Mañitas*—¡nada más que esa preciosidad de apodo tenía el ángel mío!—eran con harta frecuencia alcanzados por los cuernos de las fieras.

Llegó el momento de poner banderillas, y *el Mañitas* fué uno de los elegidos. Por el concurso pasó ese hálito que predice la tragedia. El artista buscó, por instinto, el burladero más lejano al sitio en que se hallaba el toro; situóse junto a él y empezó a alegrar al bicho con igual juego de detalles que pudiera hacerlo

Rodolfo Gaona. Una voz tonante resonó por toda la plaza:

—¿Pero es que se las vas a poner por la telepatía?

Era Tonín, que recogía así en un solo clamor el sentir unánime del concurso.

El Mañitas, elevando más los brazos al cielo, como si sólo de allí esperase su salvación, lanzó al pollo una mirada que traducida al lenguaje corriente quería decir:

—¿Por qué no bajas y se las pones tú, so ladrón?

Claro es que Tonín no bajó ni siquiera la voz; al contrario, como si quisiera devolver el reto que el lidiador le había lanzado con la mirada, gritó aún más fuerte:

—Tíraselas a ver si le afinas.

El toro se fijó al fin en su futura presa; comenzó por situarse en el centro de la plaza, y, una vez allí, mirando como un basilisco al de las banderillas, se engalló tres veces, bufó y arrancó en pasitos cortos hacia el burladero con que *el Mañitas* pensaba cubrir su retirada.

La cara del diestro dibujó en pocos minutos todos los colores del iris, y algunos más que parecía haber inventado para su uso particular. El choque iba a producirse; las banderillas ya no se alzaban desafiadoras al cielo, sino que, lacias y péndulas como ramas mojadas por la lluvia, caían hacia el suelo inertes. El bicho avanzó ahora más deprisa, y cuando aún le separaban del lidiador cuatro o cinco metros, se vió a éste, maestro en estrategia, correrse de flanco—¡pero sin perder la cara, eso nunca!—hacia una de las entradas del burladero y meterse bonitamente en él como quien se mete en la cama.

El toro, con la rabia de la impotencia, empezó a cornear sobre los tablones; no había cuidado, estaban bien sujetos. *El Mañitas* recordó sus lecciones de toreo en la escuela taurina de Durango, en la que, entre otras suertes, se les hablaba de un modo de poner las banderillas aprovechando. Y, en efecto, aprovechó uno de los momentos en que la fiera humillaba y eligiendo a su sabor el sitio sobre la piel del animal, clavó en ella, ¡y en las mismas péndolas!, el mejor par de banderillas que se haya puesto desde que existen las plazas de toros. Para ello le había bastado con asomarse por cima del burladero, como quien se asoma tranquilamente al balcón de su casa a ver pasar la procesión.

Renunciámos a describir el jaleo que se armó en la plaza; destacando sobre el clamor del tumulto, no se oían más que palabras esotéricas.

—¡Ladrón! ¡Cárcel! ¡Asesino! ¡Patibulo!

Parecía aquello un exámen de Derecho Penal. Cleofé, filósofica, se volvió a los suyos para decirles:

—Ahora comprendo por qué a este hombre le llaman *El Mañitas*. ¡Menudas mañas se trae el tío!

Para que el tumulto se silenciase—¡oh manes de Antonio Maura!—fué preciso que *Joselito*... de Baracaldo requiriese espada y muleta y marchase a brindar a la presidencia.

El joven diestro tenía planta torera; los pies juntos, el cuerpo corvado hacia delante, derecha y en alto la mano que sujetaba la montera, parecía una de esas estampas que sirven de adorno a los carteles de feria. Y de elocuencia no andaba mal: con un dejo vasco-andaluz, brindó por «... el señor presidente, por los güenos afisionados de la localidad, por la colonia veraneante y por... el término de la guerra europea.»

Y ahora, al toro.

El cual, con el rencor clavado en el alma, y las banderillas del *Mañitas* muy tiesas en lo alto del morrillo, no quería separarse del burladero desde el cual le habían herido tan a traición.

—¡Tú saldrás!—parecía decirle al banderillero—. Y cuando salgas hablaremos. Yo, por lo pronto, no pienso separarme de aquí.

Y no se separó. Allí mismo, en la querencia del muro de madera, tuvo que realizar toda su faena de muleta *Joselito*; el chico sabía lo que se traía entre manos; hubo pases de pecho, naturales, ayudados por alto y por bajo, y hasta un molinete con el doble salto de la trucha viuda que enloqueció de entusiasmo al concurso.

Y todo ello en un palmo de terreno. ¡Ya lo creo! Como que el torito no se separaba del burladero ni con ganzúa. Alguna vez el prisionero, aprovechando un relativo alejamiento de su guardián, iniciaba un intento de salida. Rauda, como si le hubieran avisado por teléfono, el torito se revolvía, despreciaba el engaño de la muleta, y se plantaba delante de la valla, como diciéndole al prófugo fracasado:

—¡Si sales te hago puré!

El Mañitas se deshacía en gestos, explicándole al público su encierro forzoso.

—Si no me deja...

Fué preciso que el matador se echase el arma a la cara, se perfilase y se dejase caer sobre el morrillo, según los cánones, para que el bicho, herido en la yema por una estocada hasta el hombro, cayese hecho una bola. Al caer, lanzó una última mirada de odio al *Mañitas*, y en las convulsiones de la agonía aún tuvo fuerzas para llegar a una de las salidas del encierro y atravesar su cadáver en ella como un héroe que quiere cerrar con su cuerpo muerto el paso al enemigo.

El banderillero, cuando ya las mulillas enganchaban el cuerpo de su carcelero, salió del encierro, teniendo la coquetería de pasar por encima de su cadáver en un salto lleno de gallardía. El salto se convirtió en sobresalto al ver que el difunto, sin duda por un fenómeno nervioso, movía una oreja como si fuera un abanico.

No paró hasta el centro de la plaza, en medio de una ovación frenética del concurso.

* * *

El Marquesito llegó de nuevo a la playa y se dejó caer sobre la arena. La corrida había terminado casi de noche, y cuando el joven arribó a la orilla del mar, ya había más sombras que luz en el espacio.

Le habían dejado solo, como a Jesús los discípulos en Getsemaní, e influido por la melancolía de la hora, dijo para sí, pero casi en voz alta:

—¡Decididamente mi reino no es de este mundo!

El mar era a aquella hora como una lámina de acero bruñido por la que cabalgasen en desorden unas sombras vengativas; el cielo, pálido con las últimas agonías diurnas, parecía un enfermo *in extremis* que estuviese pidiendo a voces el balón de oxígeno. Allá en el horizonte—nácar y vino aguado—la luz se entregaba inerme a la caricia de las sombras, como ignorante doncella que cae en los brazos del galán llena de estertores y curiosidades.

Comprenderás, lector, que el párrafo que antecede lo incluyo en un trabajo para unos juegos florales, y el objeto de arte de la lista de premio, es para un servidor.

El Marquésito estaba casi solo en aquel inmenso desierto de agua y arena; la gente se había quedado en la alameda donde había baile después de la corrida, a los sones de la banda de música: uno de esos bailes, mitad chulos y mitad vascuences, en los que la agilidad de las piernas para saltar es lo primero.

Se habían encendido las luces del hotel de la Playa, a la derecha, y ellas, y las del cafetín que había al fondo junto a la vía férrea, eran las primeras estrellas luminosas de la tierra que hacían competencia a las que ya empezaban a aparecer en el cielo.

Al venir habíase tomado dos copas de aguardiente en el citado establecimiento: un licor dulce y confortativo, impregnado de todas las virilidades marinas, que al llegar al estómago difundía por todo el cuerpo una energía extraña como si a todo él lo revistiesen de una armadura de hierro. Bebiéndolo, se comprendía bien por qué los franceses llamaban a tal licor agua de vida.

El muchacho miraba al mar con ojos de apasionado. ¡El mar! ¿Qué había debajo de sus olas que no eran más que la cúpula de un inmenso abismo? Decían que, al principio del mundo, el mar lo llenaba todo, y que la tierra fué surgiendo poco a poco como símbolo de vejez de este desdichado planeta. De aquella época debía datar su anterior encarnación, porque él creía a ojos cerrados en la metempsicosis, tanto por lo menos como en *Joselito*.

De niño se había leído tres veces ese libro de ensueño y de maravilla que Julio Verne escribió, con el título de *Veinte mil leguas de viaje submarino*. ¡Oh, su éxtasis, su arrobamiento ante el grandioso espectáculo que a diario se descubría tras los cristales del buque fantasma!

Ahora, ya mayorcito, comprendía que había mucho de camello intríntrico en todo aquello, pero entonces devoraba las páginas con verdadera fruición, y sólo interrumpía la lectura cuando su madre le obligaba a ello, escondiéndole el libro, para que fuera a comer o a estudiar la lección del *Juanito* para el día siguiente.

Recordaba, como detalle curioso, que siempre que llegaba en la lectura a uno de esos párrafos que tanto abundan en la obra, en los que el bueno de don Julio se creyó en el caso de

alardear de sus profundos conocimientos científicos, dando una lista interminable de nombres raros— isófagos, docaedros, espingos, masuterios, ...— el lector infantil se lo saltaba bonitamente a la torera con mucha más agilidad que *el Mañitas* saltaba a los tendidos de la plaza, cuando el ataque de uno de los toros le cogía lejos del burladero.

¡El fondo del mar! ¿Qué podría haber allí? A pesar de sus repetidas lecturas de Verne, él seguía haciéndose la inquietante pregunta, porque presentía que debajo de aquel oleaje en el que se revolcaban los bañistas por la mañana, debía haber muchas cosas que el sabio francés había desdeñado.

¡Cuánto diera él por verlo! Le consolaba en su impotencia la idea de que ningún mortal de los que habían bajado hasta allí, había vuelto para contarlo.

¿Ninguno?... Fue como un rayo de luz que penetró de pronto en su cerebro: una de esas ideas madres que se presentan de pronto en la imaginación con fuerza bastante para revolucionar una vida entera, y que, al saborearlas, lo único que nos maravilla es que no se nos hayan ocurrido antes. No de otro modo debió de ocurrírsele a Cristóbal Colón lo del huevo famoso, y al empresario de Romea, lo de aumentar el precio de las localidades.

En los muchos paseos solitarios que el Marquesito daba por la costa, venía él observando hacía tres días un espectáculo original: en una de las revueltas de los acantilados, en el sitio mismo en que el mar se metía en el cauce de la ría, trabajaban unos hombres en las obras de cimentación de un pequeño rompeolas. Unos de ellos daba lentamente vueltas a la rueda de una maquinaria como si estuviera haciendo morcillas o dándole cuerda a un gramófono; de la máquina salía un tubo de goma que bajaba hasta perderse en el mar; otros hombres, por medio de una cuerda, bajaban al fondo del océano unos capazos llenos de cal hidráulica, piedras y herramientas de albañilería.

El primer día, intrigado por todo aquello, que parecía un suministro de materiales a los peces para que cumpliesen con la ley de casas baratas, el Marquesito se detuvo un buen rato a curiosear la faena; al cabo de él, el mar se removió en círculos junto a una escala de cuerdas que pendía del muro y en la que hasta entonces no se había fijado.

Los círculos fueron haciéndose más grandes, y al fin, entre el verde obscuro de las aguas emergió una especie de sandía gigantesca, un queso de bola monstruoso, con unos cristales atrás y adelante; tras el queso aparecieron los hombros de un ser que parecía humano, y tras ellos todo el cuerpo, envuelto en una especie de gutapercha.

Era un buzo, uno de esos infatigables trabajadores del mar, para los cuales el reuma nó es más que un pretexto que han inventado los hombres para no bañarse.

El Marquesito tuvo envidia de él, y se alejó del sitio del hallazgo con el alma llena de melancolías.

Y ahora, de repente, en el silencio pesado de la playa que ya plenamente se había entregado a la noche, se le acababa de ocurrir la idea genial.

¿Por qué no? La fortuna se desposa casi siempre con los audaces, y eso de realizar en un momento el ideal de toda una vida no era cosa para tomada a chirigota.



La noche siguiente, a la hora de la comida, el Marquesito sorprendió a todos con una proposición que en sus labios era casi absurda.

—Os propongo una excursión para mañana.

Se miraron todos estupefactos. Tonín fué el encargado de interpelarle:

—¿Qué dices? ¿Te has reconciliado por ventura con la madre Tierra?

Es de advertir que el Marquesito, no siendo a orillas del mar, no andaba en toda la temporada más que los pasos indispensables para trasladarse del hotel a la playa en viaje de ida y vuelta.

Cleofé, que no era la menos asombrada de todos, quiso aclarar:

—Esa excursión será en barca, naturalmente.

Cada cual se creyó en el caso de decir su ingeniosidad.

—O a nado.

—O a lomos de una ballena.

El les dejó hablar a todos con un gesto desdeñoso en el ros-

tro. Cuando callaron, y recalcó mucho las palabras, dijo:

—La excursión que yo os propongo no la habéis hecho nunca, y os aseguro que os dejaré satisfechos.

—¿Qué es ello? Porque no se tratará de ir a comer bizcochos a Mendaro.

—Yo os propongo una excursión al fondo del mar.

Estalló una carcajada que, al coger a algunos con la boca llena, hizo que espurreasen la comida a su alrededor.

—¡Festivo!

—¡Humorista!

—¡Guasoncibilis!

—¡Lisonjeador!

Tuvo que ponerse grave.

—Os doy mi palabra de honor de que hablo en serio.

Ahora ya se miraron todos con ansiedad. ¿Se habría vuelto loco el hijo de los marqueses de Aquaviva?... Hubo quien empuñó el cuchillo de postres por si acaso la locura era de las agresivas.

Tonín, más piadoso, quiso echar un último cable al raciocinio

—¡Ah, vamos! Se trata de una excursión en submarino.

—Nada de eso; de una excursión a pie... y sin dinero, porque con el agua se oxidarían las monedas.

—Y todo eso ¿por el fondo del mar?

—Ni más ni menos.

—Presumo que vas a ir tú sólo.

—¿Quieres explicarnos de una vez?...

Y vino la explicación, que no podía ser más sencilla: al día siguiente, encargados por él, llegarían de San Sebastián, en el tren de la mañana, doce trajes de buzo del último modelo de la casa Paquin. El lo tenía todo arreglado con los operarios de las obras del rompeolas; no había más que ponerse los trajes y... ¡al agua!

La tobillera fué la que rompió el hielo:

—Bueno, pues yo voy a esa excursión. Cuenta conmigo, chico.

—Y conmigo—agregó Tonín lleno de entusiasmo—. Supongo que llevaremos merienda.

—Se puede llevar, no vayas a creer. Claro que no te diré que llevemos una tortilla, que seguramente se disolvería con la hu-

medad, ni unos langostinos, que a lo mejor resucitaban al verse de nuevo en su elemento y nos daban un disgusto. Pero se pueden llevar otras cosas; por ejemplo, mojama, para que se blande con el agua y se ponga más comestible...

—Y ostras. Aunque éstas lo mejor será cogerlas allí mismo.

—Sentiré mucho que echéis a broma el asunto.

Llegó el momento de hacer la lista formal de los excursionistas; Falito, tras algunas vacilaciones, se alistó, no sin imponer una condición: que la excursión había de ser precisamente a la hora plena del baño, de once a una, cuando se remojaban el cuerpo todas las muchachas y casi todas las jamonas; él se llevaría los prismáticos, y así, situándose en el fondo de la playa, podría ver panoramas interesantes.

Las de Gorbeuchez pusieron también su condición.

—Nosotras vamos—dijo Fide—siempre que mamá no se oponga.

—Y ¿por qué se ha de oponer?—preguntó el organizador.

—Que venga ella también si quiere.

Cleofé dijo al oído de Tonín:

—¡No, por Dios! Parece talmente una ballena, y si allá en el fondo se encuentra con un balleno, ya ves que compromiso.

—Yo no sé si mamá *quedará* dejarnos solas a unas chicas solteras con unos muchachos solteros, en el fondo del mar.

Tonín se indignó:

—¡Bah! Eso es una ridiculez. ¿No os deja ir solas en Madrid a las butacas de última fila del Royalty?

Osorio Salomones, sintiéndolo mucho, se negó a tomar parte en la aventura.

—Ya sabéis que no puedo bañarme más que en los calientes. Puede que el paseíto me costase la vida.

En el fondo—no del mar, sino de su pensamiento—, era que se sentía tan besugo, que temía que, si bajaba al mar, se quedase a vivir allí para siempre.

En cuanto a las chicas de García Lapa, sintiéndolo mucho, tuvieron que renunciar al festejo. Por indicación médica no podían tomar más que baños de impresión, de tres a cuatro minutos de duración a lo sumo, y claro es que la excursión había de durar algo más; en ese tiempo no había ni para bajar, aunque el descenso se hiciera en ascensor.

Tonín tuvo una idea volteriana.

—¿Y si invitásemos a las Estereras?

La protesta fué unánime.

—¡Tonín, por Dios!

—¡No seas pelmazo!

—¡Tragedias no!

El chico se defendía.

—Hombre, es que a mí me parece que unas muchachas como esas que están en todas partes, deben estar también en el fondo del mar.

—Pero si se fueron a San Sebastián ayer, después de la corrida.

—Se las avisa ahora mismo y mañana a las ocho ya están aquí.

—Por mí, que vengan.

Tonín fué el encargado de poner el telefonema; un documento modelo de estilo y de concisión literaria: «Señoritas de Mangairiño.—San Sebastián.—Hotel Segorbe.—Rogámosles vengan mañana salida sol dirigir cotillón fondo playa. Esperamos ansiedad valioso concurso. Firmado: Marquesito, Gorduela, Compañía.»

La noticia circuló rauda por toda la colonia. Como siempre, cada cual la comentó a su modo.

La madre de Tonín, sin intentar oponerse a los propósitos de su hijo, cosa que sabía era tan inútil como intentar detener una locomotora con un auto del juez de guardia, no dijo más que esta frase:

—¡Pero esos chicos están locos! Bajar al fondo del mar sin miedo a los submarinos...

Don Asclepios, el senador vitalicio que pasaba todo el verano en la playa con su perro y una botella de agua de Cestona, creyóse en el caso de confeccionar una frase histórica.

—¡Bravo! Esos muchachos demuestran ser unos dignos nietos de Cristóbal Colón y de Calvo Asensio.

Para él Calvo Asensio había sido uno de los héroes de Lepanto.

A la mañana siguiente, en punto de las siete, la banda de música congestionaba las calles del pueblo dejando oír las piezas más sangrantes de su repertorio. A su paso iba recogiendo como en una leva lírica, a todos los desocupados del lugar

cuando llegó frente al hotel Alameda en que se hospedaban los... argonautas, podía decirse que con ella llegaba el noventa por ciento del censo del pueblo con el alcalde a la cabeza.

Los héroes eran diez, incluyendo a *las Estereras*, que acababan de llegar en el primer tren, en el que también llegaron los trajes de buzo. En el mismo hotel se vistieron con ellos los expedicionarios, dejando sin colocar la escafandra para evitar la asfixia. Como los trajes pedidos eran once, sobraba uno, y el Marquesito, haciéndolo cuestión de amor propio, se propuso colocárselo a alguien, añadiendo un nombre más a la lista de los intrépidos exploradores.

Pero nadie quería dejarse convencer, hasta que don Asclepios, animado sin duda ante la perspectiva de ser uno de los nietos de Calvo Asensio, se alistó, no sin decir a sus compañeros de aventura:

—Yo voy, pero me tienen ustedes que garantizar la vuelta.

Seguramente el día que Vasco Núñez de Balboa embarcó para su primer viaje interoceánico, no había en el muelle tanta gente como la que se aglomeraba junto al pequeño rompeolas que daba entrada a la ría, en esta mañana memorable.

Cinco escalas de cuerda, sólidamente sujetas a tierra, bajaban a perderse en el azulado verdor del mar, como líneas férreas que condujesen al abismo. Para cada expedicionario había preparada una bomba inyectora de aire, cuyo tubo de goma había de enchufarse en la escafandra.

No fué tarea fácil la de colocar éstas en las cabezas de sus respectivos dueños; la falta de práctica hizo que algunos se la colocasen al revés, y a casi todos hubo que ponérsela poco menos que a la fuerza, pues el valor de que tan generoso alarde se había hecho en los preparativos de la excursión, parecía que flaqueaba ahora al tener que introducir el cráneo en aquellos depósitos metálicos.

La música, sin duda para excitar a los melindrosos, rompió a tocar piezas alusivas, tales como *El vals de las olas*, el concertante de *Marina* y *La canción del naufrago*. Cada una de sus notas era como una inyección de suero que se introdujese en las venas de los viajeros; don Asclepios, para desquitarse del silencio forzoso en que se iba a ver allá abajo, colocó un pequeño discurso alativo al acto.

Con la bola metálica debajo del brazo izquierdo, y el derecho libre para accionar, empezó a decir:

—«Señoras y señoritas: Entre las fechas gloriosas de la Humanidad consciente, figurará la del día de hoy como rasgo fulgurante que anime las tenebrosas brumas del medioevo. El descubrimiento de las máquinas de cortar el pelo a gran presión, fué una cosa muy seria; pero me río yo de...»

Los cinco o seis buzos y buzas que aún no se habían colocado la escafrandra, se decidieron a hacerlo con tal de no continuar oyendo aquel cúmulo de incongruencias. Ya todos cubiertos presentaban por fuera un aspecto uniforme y hubiera sido muy difícil distinguir a unos de otros: con sus trajes de lona impermeable, sus zapatones de ancha suela metálica y sus guantes de goma que les transformaban las manos en pezuñas de paquidermos, parecían reproducciones distintas de un mismo modelo de figulinas de caucho.

Los gritos de impaciencia del concurso cortaron en flor la oración del abuelo de la patria; las manazas de uno de los operarios encargados de ayudar a los argonautas en la tarea, cogieron la escafrandra de don Asclepios y le metieron en ella violentamente la cabeza. Las bombas funcionaban ya y Tonín y el Marquesito dieron el ejemplo comenzando a deslizarse los primeros por las escalas de cuerda. Al abandonar la tierra hicieron un gesto de adiós que quería decir:

—Si no volvemos, paciencia, y que nos digan unas misas.

Un vozarrón, que sin duda salía de un pechazo vascuence, dijo en castellano adulterado:

—¡Que escribáis en llegando, pues...!

De los dos primeros viajeros ya no se veían más que las cabezotas flotando entre el oleaje; por las escalas bajaban ya los demás; una de *las Estereras*, por hacer una pirueta de monería, perdió pie y fué a caer al mar como una cacerola flotante. Hubo en el concurso gritos, ayes de socorro, hasta que la interesada, agarrándose a una cuerda que le echaron desde arriba con singular presteza, volvió a ganar la escala y desapareció por ella camino del misterio.

Ya no quedaba en la orilla más que don Asclepios; abrióse de brazos, como queriendo estrechar contra su pecho a toda

la multitud, y bajó deprisa la escalera por miedo a volverse atrás en un último desfallecimiento.

Lector, ¿no has mirado nunca el mundo a través de una bombona de cristal llena de agua?... ¿Que no? Pues entonces no puedes darte cuenta exacta de la sensación que experimentaron nuestros viajeros al hallarse del todo sumergidos en el agua. Fué una mezcla de angustia y de estupor, una impresión rara de no ver nada teniendo los ojos muy abiertos: nada más que luz, bastante luz, pero sin que ella sirviese para iluminar ningún objeto determinado.

Como el fondo no era allí muy lejano, bien pronto dieron con él; los pies aplastaron una tierra relativamente firme en la que sobresalía algún que otro pedrusco. Llevaban a la cintura atada una cuerda cada uno, el extremo de la cual estaba arriba en tierra firme; no había, pues, miedo de que se perdieran por mucho que se alejasen de la costa.

Sin embargo, por instinto, tan pronto como se separaron de las escalas, agarráronse de las manos unos a otros, hasta quedar todos unidos formando una falange; realmente parecían una figura de cotillón, de modo que el telegrama de Tonín a *las Estereras* no resultaba una falacia ni mucho menos.

El Marquésito había encendido una linterna eléctrica que llevaba pendiente de la cintura; un círculo de luz les rodeó, y los ojos, ya más acostumbrados, empezaron a servir para algo a los expedicionarios.

Se miraban unos a otros como satisfechos de reconocerse a través de los gruesos cristales de las escafandras; tenían ganas de decirse algo, de comunicarse impresiones, y movían instintivamente los labios como sordo-mudos. Tonín, que por lo visto era el más listo de la pandilla, resolvió el problema; soltó su mano derecha de la izquierda de una de *las Estereras* que había caído a su lado, y empezó a hablar por el lenguaje manual que todos—menos don Asclepios—conocían.

La mano, enfundada en el recio guante de goma, señalaba unas letras gruesas, algo deformes, como escritas en un papel de estraza con el palo de una escoba. Se entendió muy bien, no obstante, lo que dijo:

—¿Sabéis que esto hasta ahora me resulta muy poco divertido?

Cleofé se encargó de contestarle. Hizo unos guiños monísimos con los dedos y vino a decir con algunas faltas de ortografía:

—Propongo que nos dediquemos a la pesca.

Hasta entonces, como si el mar fuese la sala de un teatro en el que se representase una obra seria, sólo el vacío y el desierto habían visto ante sí; los mariscos y los peces, espantados sin duda ante los nuevos habitantes de su reino, habían huído lejos temiendo comprometerse.

Tonín volvió a hablar:

—En el escaparate de cualquier pescadería de Madrid se ven más peces que aquí.

Pero Margaritina dió un grito que ¡naturalmente! nadie oyó, y extendiendo las manos, señaló a la contemplación de todos un bulto extraño que se les venía encima.

El Marquesito requirió un hierro acabado en una bola que le habían dado como arma defensiva, y que más bien parecía una mano de almirante, y salió al encuentro del enemigo: ya había levantado en alto la maza para castigar al audaz, cuando el bulto rozó con su cuerpo; pero sin darle una dentellada como él se temía.

Fijóse en él, lo palpó, mostrólo a los demás, y quedaron todos más mudos de asombro de lo que ya lo estaban desde que metieron las cabezas en las escafandras. Porque lo que hacia ellos venía, y bien claro lo vieron todos en cuanto se fijaron en ello, eran, en efecto, unos peces, nada menos que unos bacalaos, mejor dicho, unos cadáveres de bacalaos, decapitados, abiertos, extendidos y atados unos a otros formando un gran fardo, como los que se ven en los muelles al descargar los barcos y en los grandes almacenes urbanos.

¡Era maravilloso! Es decir, que en aquellos parajes cantábricos el bacalao se producía ya partido, sin cabeza ¡y en salazón!, no teniendo los pescadores que tomarse más trabajo que el de extraerlo y llevarlo directamente a la cocina.

Pero ¡qué verdad es que nada hay perfecto en el mundo! Estando Vizcaya a dos pasos de allí ya podía la Naturaleza haber hecho un pequeño esfuerzo y producir el bacalao partido en trozos y guisado a la vizcaína, de tal modo que del mar pudiese ir directamente al estómago del consumidor.

Para ponerse de acuerdo en ello no necesitaron ni aún emplear el lenguaje de las manos; a todos se les ocurrió la misma idea al mismo tiempo; había que llevarse aquello como trofeo, y además para que sirviese de testimonio; si lo contaban sin enseñar la muestra no lo iban a creer.

Tonín cogió el fardo por donde se unían las colas y empezó a tirar de él; aunque pesado, podía arrastrarlo con facilidad gracias a la ayuda del agua. Cuando se cansaba pedía remolque a un amigo y entre todos conducían la impedimenta.

El Marquesito, a pesar del feliz hallazgo, estaba un poco desilusionado. Se encontraba en la situación de ánimo de un individuo que, habiendo ansiado durante largo tiempo penetrar en un palacio de magnífica fachada, se encontrase, ya dentro de él, con que las habitaciones estaban desnudas, y además eran un poco húmedas. ¿Esto era el mar? ¿Estas las maravillas de su seno impenetrable? Conocía él en Madrid casas de huéspedes donde había más cosas que ver.

A medida que iban avanzando notaban los del grupo que los pies les resbalaban con más frecuencia; daban pisadas en falso, y a no ir sujetos unos con otros, más de un batacazo habría habido ya. Don Asclepios, que una vez estuvo a punto de caerse con todo el equipo de buzo, fué a colocarse al lado del Marquesito, le tomó la linterna, y, agachándose con ella al suelo, extendió sus rayos luminosos en un círculo.

Hizo una seña a todos para que se agachasen con él; sobre un fondo de arena y de piedras llenas de un musgo viscoso, se veían esparcidas por doquier y en fabulosa cantidad botellas y más botellas de todas clases y tamaños, como si en el fondo del mar hubieran establecido una fábrica o como si un barco con cargamento de ellas hubiera naufragado a pocas millas de allí.

Tonín, que entre otras gracias tenía la de ser aficionado al alcohol más de lo justo, alzó del suelo una ventruda botella que en vida debió ser de champagne, y, por instinto, hizo lo que hacía en la tierra siempre que se encontraba a la vista de un casco: empinárselo para averiguar su contenido. El cuello de cristal dió un topetazo sobre el metal de la escafandra. Tonín se había olvidado de que tenía la cabeza metida en una especie de chichonera.

Cleofé, que era una intuitiva, comprendió al punto lo que aquella cantidad de cristal quería decir; no era allí sólo, todo el fondo del mar, en su inmensidad inagotable, debía estar así. Porque desde que el mundo es mundo—¡y ya va para un rato!— todo individuo que se encuentra a punto de naufragar, aunque sea encima de una tabla de la plancha, echa mano de una botella, mete en ella un papel escrito y la arroja a las olas para que se encarguen de llevarla a la playa más próxima. Pero ¡claro! las que llegan son las menos; el mar, en esto de devolver los cascos, no es tan puntual como la mayoría de los consumidores de aguas minerales, y casi todas las botellas que a él se confían se van al fondo sin remisión. ¡Calculen ustedes si habrá cascos en el seno de las ondas!

El que, desde hacía unos momentos, no estaba para calcular nada, era el bueno de don Asclepios. Padecía él, en forma crónica, una afección a los intestinos, para la cual lo primero que le estaba recomendado era evitar en absoluto los entriamientos; había sido una imprudencia formar parte de la excursión, porque con la frescura del agua, que traspasaba el traje impermeable, notaba él los prolegómenos de una revolución interior que muy pronto iba a estallar.

Los movimientos sediciosos, cuando se los constriñe, explotan por cualquier parte; don Asclepios veía que iba a reproducirse bajo las olas la aventura de Sancho en los batanes; pero aquí el caso era para él de mayor apuro, porque Sancho pudo apartarse a un lado, hacer evolucionar sus bragas y satisfacer los imperiosos dictados de su conciencia, ¿Intentaría él separarse del grupo de sus amigos? Hacerlo era quedarse para siempre a vivir en los dominios de Neptuno. A más, el traje de buzo era todo él de una pieza, sin más abertura que una amplia por el cuello y parte de la espalda, de modo que para imitar a Sancho había que desnudarse del todo, y para hacerlo había que quitarse la escafandra. ¡No era negocio!

El caso era apurado, porque la urgencia de la cosa se hacía cada vez mayor. Prescindir de prejuicios, volver a la infancia y dar rienda suelta a la Naturaleza, era una cosa poco seria, y don Asclepios era, ante todo, un hombre serio. ¿Qué hacer?

En el extremo opuesto de la fila había comenzado a preladarse otra catástrofe; la causante de ella, aunque tal vez invo-

luntaria, era Cleofé. Ocurrió que Tonín y Palito, desde el principio de la excursión, y confundiendo sin duda la obscuridad de aquellos parajes con la de la sala de un cine, habían querido aprovecharse de ella para cerciorarse de si las formas de la tobillera eran perfectamente geométricas o más bien sinuosas.

Más de una vez habían coincidido en un mismo punto—y siempre sobre el cuerpo de la muchacha—las manos de los dos jóvenes; habíanse limitado a lanzarse unas miradas rencorosas a través de los cristales de la escafandra, y habían vuelto a la tarea con renovado ardor.

La chica, comprendiendo lo peligroso que hubiera sido en aquella contienda tomar partido por uno cualquiera de los beligerantes, había decidido permanecer neutral, entendiendo por neutralidad el estarse quieta y dejar que cada uno obrase a su antojo por encima de la tela del traje marino.

La muchacha, de pronto, tropezó con algún saliente del piso, dió un paso en falso y estuvo a punto de caer; habría medido el suelo con su cuerpo si los brazos amables de Palito no la hubieran sostenido en un abrazo que era a la vez una caricia y un punto de apoyo.

A Tonín no le pasó desapercibida la maniobra; cuadróse delante de la pareja, y, hablando con las dos manos a un tiempo, comenzó a llenar a su amigo de dicterios e imprecaciones. Al principio Palito lo echó a broma; pero como las injurias de Tonín iban por lo visto aumentando de calibre, pensó que las manos no debían servir sólo para hablar con ellas, y la emprendió a golpes con su amigo.

Como éste no era manco, los golpes tuvieron muy pronto su devolución, y allí, en pleno reino del marisco, armóse una batalla campal a cuyo lado la de los Campos Cataláunicos fué un duelo a naranjazos. Y los golpes, como si los contendientes estuviesen en tierra firmé, iban todos dirigidos a la cabeza del rival. Las manos, a pesar del guante, se resistían a cada golpe que daban en el cobre de las escafandras, mientras los cráneos, a donde los golpes iban dirigidos, sólo sentían el levísimo rumor de los puñetazos, como si los dieran en el techo de un vagón del ferrocarril en cuyo interior estuviesen ellos, refugiados.

Los demás, pareciéndoles pintoresca la cosa, no se creye-

ron en el caso de separar a los luchadores; más bien los animaban con sus gestos, y sobre todo Cleofé, con ese picorcillo voluptuoso que a toda hembra produce el ver que dos hombres se pegan por su causa.

La lucha terminó porque los dos enemigos estaban ya deshechos, y no ciertamente por los golpes que recibieran, sino por los que daban; las manos empezaban a hincharse de tanto golpear en el metal que a modo de armadura protegía la testa del contrario, y para abrirlas y cerrarlas habían de hacer un esfuerzo como si de repente las hubiese atado el reuma.

El Marquesito vió que aquello tenía mala pata y decidió dar por terminada la partida. Consultó por señas el parecer de los demás y, como todos estuvieran de acuerdo, emprendióse el regreso tanteando y valiéndose de las cuerdas que llevaban a la cintura como guías que no engañaban.

En su gloriosa retirada los argonautas llevaban como trofeo dos fardos de bacalao y unas botellas que *las Estereras* habían recogido para no irse de vacío.



Cuando los primeros expedicionarios pisaron de nuevo tierra firme, apenas quedaban aguardando su regreso en el rompeolas una cuarta parte de los que habían acudido a despedirles; de la misma banda de música se habían marchado la mayoría de sus componentes, y el Marquesito, al verlo, y después de filosofar acerca de la vanidad de las glorias humanas, pensó que, si llegan a tardar un poco más, su reaparición sólo hubiera podido ser saludada con unos solos de flauta.

Volvían todos sanos, salvos y con su miaja de botín. Al ver los fardos de bacalao, las contadas personas que había en la orilla y los operarios que desde tierra les habían ayudado en la faena, tuvieron una exclamación de asombro. ¡Qué cosas se criaban en el fondo del mar!

Porque allí no había habido trampa ninguna; ellos les habían visto bajar con las manos vacías, y les veían volver con aquella carga preciosa; no cabía duda de que del fondo del mar la habían extraído.

Sólo uno de los que daban al manubrio de una de las bom-

bas tuvo una sonrisa de escepticismo: era el encargado de alimentar de aire a Tonín, y cuando ya el pollo estuvo libre de su escafandra, abandonó su puesto, llamó a un rincón a uno de sus compañeros, y sacando un periódico del bolsillo, le hizo leer en la tercera de sus páginas.

Allí se aclaraba todo; tres días antes, en un bajo de la costa cerca de Motrico, un vapor de la matrícula de Bilbao había encallado, y para salir a flote habíase visto obligado a arrojar al mar gran parte de la carga. El barco llevaba un cargamento de bacalao a Pasajes y unas sacas de alpiste para la feria de Fuenterrabía; el alpiste se salvó, pero el bacalao fué puesto en remojo.

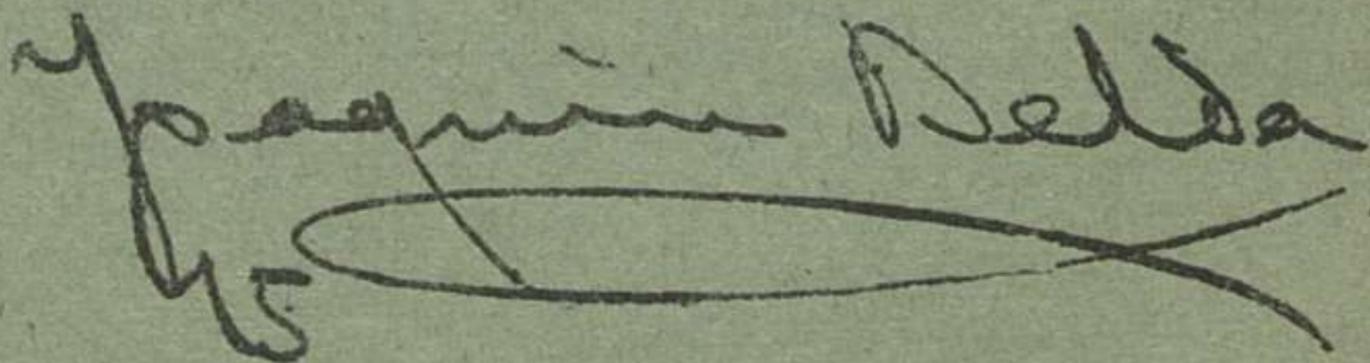
Los dos operarios, tácitamente, convinieron en guardar el secreto, y la maravillosa pesca fué aquel día la comidilla de todo el pueblo, y a los dos siguientes la comida de los huéspedes de los principales hoteles; al horno, a la vizcaína, al vino blanco, resultaba manjar digno de dioses.

Los argonautas, al verse en tierra firme y libres de las cabezotas postizas, hacían mil piruetas de alborozo, y se abrazaban unos a otros como si volviesen de las orillas de la Estigia.

Tonín y Falito hicieron las paces allí mismo; *las Estereras* aparecían radiantes por haber estado en un sitio más, y el Marquesito, satisfecho de haberle arrancado al mar sus secretos, tenía cierto amargor al pensar que eran harto vulgares.

Don Asclepios era el único que procuraba apartarse de todos; su rostro, lleno de gotas de sudor, tenía ese matiz lívido que imprime la necesidad tardíamente satisfecha.

Si se hubiera sentado en uno de los pedruscos de la orilla, creería, como el baturro del cuento, que se había sentado en primera.

A handwritten signature in dark ink, reading "Juan Ramón Belda". The signature is written in a cursive style with a large, sweeping flourish at the end.

VENTAJAS QUE PROPORCIONA EL CALZADO

¡¡EUREKA!!

Buen humor, por la comodidad.
Economía, por la duración.
Elegancia, por la novedad.



Nicolás María Rivero, núm. 11.- MADRID

Fábrica de Corbatas

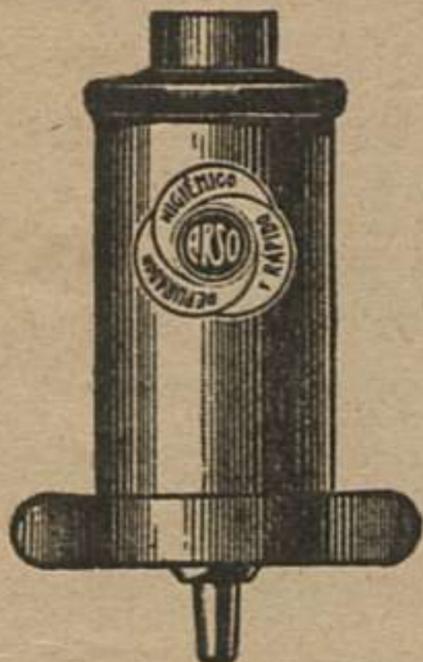
Camisas, guantes, pañue-
los, géneros de punto.

Elegancia, surtido, economía
Precio filo

CAPELLANES, 12 - MADRID - CASA FUNDADA EN 1870.

¡SU SALUD PELIGRA!

¡TERRIBLES MICROBIOS LE ACECHAN!



No espere Ud. a que las Autoridades le indiquen que el agua está contami-
nada, pues hasta entonces habrá bebido alguna cantidad; tenga por
costumbre filtrar siempre el agua, aunque no venga completamente
turbia. Para ello nada mejor que el Depurador Higiénico y Rápido
"ARSO" que equivale a tener un manantial en casa.

De venta: Fábrica "ARSO"
CARDENAL CISNEROS, 28. - MADRID

BUJIAS FILTRANTES PARA TODA CLASE DE FILTROS

Señoras

Con el uso del agua La Flor de Oro, se tiene siempre la cabeza sana
y el pelo hermoso, abundante y negro,
Se vende en las perfumerías y droguerías.

COMPAÑY

FOTÓGRAFO

Fuencarral, 29.-Madrid

La Novela TEATRAL

publicará MAÑANA. el drama en tres actos.

El crimen de ayer

original de

DICENTA

Caricatura de TOVAR

DIEZ céntimos.

Un brillante falso



IMITA CON TODA PERFECCIÓN a un brillante legítimo, mas no tiene

V A L O R

Una lámpara de filamento metálico imita perfectamente a una lámpara

O S R A M

PERO JAMÁS LA IGUALA

*NI en la solidez.
NI en la economía de fluido.
NI en la brillantez de su luz.
NI en su larga duración.*

No usad más

que la lámpara OSRAM si queréis poseer un brillante

LEGÍTIMO



CONCESIONARIO:

LEÓN ORNSTEIN

MARIANA PINEDA, 5

MADRID